

Pensar la hipermediatización en tiempos de Covid-19

Thinking about hypermediatization in times of Covid-19

Pensando na hipermediatização na era da Covid-19

—

Jorge Alberto HIDALGO TOLEDO

Universidad Anáhuac (México)

Centro de Investigación para la Comunicación Aplicada

jhidalgo@anahuac.mx

Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación

N.º 148, diciembre 2021 - marzo 2022 (Sección Tribuna, pp. 17-30)

ISSN 1390-1079 / e-ISSN 1390-924X

Ecuador: CIESPAL

Recibido: 27-11-2021 / Aprobado: 12-11-2021

Resumen

La pandemia se viralizó en todos nuestros dispositivos. Los procesos de digitalización de la vida y la cultura se aceleraron en los últimos dos años como consecuencia de la contingencia sanitaria derivada de la Covid-19, tanto así que hay quienes afirman que dimos un salto cuántico hacia la era posdigital y la Cuarta Revolución Industrial más rápido que lo que habíamos planificado, consolidando con ello la segunda era de las computadoras y el imperio de las pantallas. En el presente texto se ofrecen algunas reflexiones sobre el impacto del Covid-19 en los procesos de hipermediatización de la vida y la cultura y sus implicaciones antropológicas.

Palabras clave: comunicación digital, Covid-19, hipermediatización, internet, cultura digital.

Abstract

The pandemic went viral on all our devices. The processes of digitization of life and culture accelerated in the last two years as a result of the health contingency derived from Covid-19, so much so that there are those who affirm that we made a quantum leap towards the post-digital era and the Fourth Industrial Revolution faster than what we had planned, thereby consolidating the second era of computers and the empire of screens. This text offers some reflections on the impact of Covid-19 on hypermediatization processes and its anthropological implications.

Keywords: digital communication, Covid-19, hypermediatization, internet, digital culture.

Resumo

A pandemia se tornou viral em todos os nossos dispositivos. Os processos de digitalização da vida e da cultura se aceleraram nos últimos dois anos em função da contingência sanitária derivada da Covid-19, tanto que há quem afirme que demos um salto quântico rumo à era pós-digital e à Quarta Revolução Industrial mais rápida do que havíamos planejado, consolidando assim a segunda era dos computadores e o império das telas. Este texto oferece algumas reflexões sobre o impacto de Covid-19 nos processos de hipermediatização da vida e da cultura e suas implicações antropológicas.

Palavras-chave: comunicação digital, Covid-19, hipermediatização, internet, cultura digital.

Morir de sueño

El confinamiento digital ha actuado de manera sigilosa y poco notoria. Es cierto que el confinamiento extremo al que nos llevó el COVID-19 ha impactado, de forma extrema, en la vida social y es posible que se prolongue por bastante más tiempo de lo deseable.

Así, puede llegar a convertirse en la piedra de la socialidad que se acerca
(Vargas Portillo, 2021).

Desde hace casi dos años el mundo es otro. El mundo ha anunciado poco a poco que entra en recesión. Francia y Alemania se preparan para el desplome económico. Todos los días anuncian los puntos al PIB que habrá que restarle en España, Estados Unidos y México. Hay quienes afirman que no se tenían registros de algo así desde la Segunda Guerra Mundial o incluso la gran depresión del 29. La crisis global se mueve entre lo económico y lo social. La Covid-19 es solo la interfaz que medió entre la propagación de los golpes financieros y el efecto que esto tendrá en las empresas y familias. Los esfuerzos de control se debaten hoy entre los sistemas sanitarios y la reactivación económica. Las notas entre las Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización Mundial de Comercio (OMC) inundan nuestras redes: por un lado, aumentan en el número de casos infectados, por otro, contraen las estimaciones de crecimiento de la región.

Hoy más de la mitad de la humanidad permanece híbridamente confinada. No hay país del planeta que no sufrirá la debacle económica y mediática. Los 76 días de aislamiento de Wuhan para salir de la cuarentena se quedaron cortos para lo que llevará la recuperación de la inversión, el gasto y la confianza del consumidor. Hoy se habla de empezar a planificar el futuro tras la pandemia. ¿Cómo alentar a las personas para que la esperanza también se recupere y se vuelva un puerto abierto y previsible? Con todos los contextos pesimistas que circulan por los medios, ¿cómo detonar una comunicación responsable que ayude a las personas a construir escenarios más optimistas y aleccionadores?

Las restricciones de desplazamiento y distanciamiento social empiezan a golpear la psique de las personas y apenas vamos comenzando. El mundo desde hace meses habla de cómo frenar la propagación de la enfermedad y ya es tiempo de empezar entre todos a buscar otras vías de recuperación de la pandemia que se oculta en la metáfora de la Covid-19. Nos referimos no a lo económico, sino a la desmoralización humana.

Ver por un lado a los ataques al personal de salud mientras que en el mundo les rinden honores; contemplar escenas de hospitales quemados porque podrían ser riesgo de contagio, mientras que en el resto del mundo implementan hospitales en salas de concierto; ver las estadísticas en aumento de violencia de género en los hogares confinados, en tanto que en muchas partes del mundo lloran por no poder acompañar a sus familiares durante el encierro (Ministerio de Salud, 2020); contemplar a miles de personas desplazarse hacia las playas, alegando “de algo me voy a morir”, mientras que en los medios no se cansan

de advertirnos “quédate en casa”, algo está mal y no solo es desinformación e ignorancia.

La verdadera crisis que se evidencia con la epidemia es la humana. Una que nace desde la indiferencia, la falta de empatía y deshumanización. Lo grave de este momento sanitario y económico es que empezará a evidenciar el fallo de nuestros recursos y capacidades humanas. Empezar a planificar el futuro, implica reordenar el presente. Los verdaderos bárbaros invasores fuimos nosotros. Los que desde hace tiempo veíamos a migrantes y refugiados como la plaga del mundo; los que pensábamos en los sintecho y en los ancianos como desechos del modelo productivo; los que pensábamos en los feminicidios como consecuencias de una provocación callejera; los que despreciábamos al otro solo por ser diferente.

El futuro que viene implicará una forma distinta de ver al *otro* si no queremos generar esos escenarios distópicos que tanto tememos. La tristeza y ansiedad que hoy empiezan a sufrir algunos no son gratuitas, como tampoco lo son el cansancio y el insomnio. Muchos tienen el corazón oprimido. Hoy, tras una explicación estadística, nos hicimos a la idea de que de un día a otro pasamos de uno a miles de posibles infectados; ya nos hicimos a la idea y en una noche lo aceptamos. Ojalá y que con la misma facilidad logremos entender que las implicaciones derivadas no serán que en quince o veinte días saldremos de casa como si nada hubiera pasado. El encierro es la membrana de los días venideros. Los que exigirán de nosotros evidenciar nuestra verdadera condición humana.

¿Qué vendrá mañana? No lo sabemos. Lo que sí es vital es trabajar desde hoy en nuestra salud mental y moral. En prepararnos para salir *juntos* de esta. Colonizar el futuro implica quizá replantear nuestro proyecto de vida no desde el *yo*, sino desde el *nosotros*; no hacia lo mío, sino hacia los demás. La crisis que viene es en el fondo humana; hoy las divisorias y polarizaciones se están abriendo más, la sana distancia aplica para el contagio, no para evidenciar nuestra lejanía hacia los demás.

El cielo se entinta de un tono distinto

Las voces fluyen en otra frecuencia. El sentimiento no es el mismo. Los diarios anuncian un mundo distinto al imaginado: Los colegios públicos avisan que cerrarán en Nueva York por el resto del año escolar; seis volcanes registran explosiones al mismo tiempo tras la erupción del Krakatoa; en algunos lugares como Singapur ha repuntado la pandemia; la OMS teme por el rebrote mortal; aprueban tobilleras electrónicas para controlar a sospechosos con Covid-19 en Bolivia; las muertes en Holanda se disparan con el “confinamiento inteligente” y un largo etcétera.

Hoy el confinamiento se vive entre los titulares digitales y la sonoridad del televisor. Los noticiarios han recuperados su hegemonía, las pantallas consolidaron su poderío. La gravedad de los días se suspende entre audios,

videos, imágenes, sonidos y textos; lenguajes que flotan y fluyen entre una recámara y otra. Nos movemos entre los hiperespacios electrónicos y digitales; entre nodos conectores e hiperlugares. Estamos en los terrenos de la hipermediatización entendida esta como la incorporación intensa de medios y plataformas mediatizando la interacción social y la realización de actividades básicas de la existencia transformando —estructural, procesual y mentalmente— la dimensión social, política, cultura, económica y religiosa de las distintas sociedades (Hidalgo Toledo, 2018).

Una imagen nos revuelca en nuestro interior. Puede ser un recuerdo, un paisaje o la imagen desoladora de la revista *Time* en la que una enfermera llora frente a una ventana por la crisis mental que enfrenta en su hospital. Un medio nos lleva de un punto a otro en nuestro interior. Bucear el mundo digital se ha vuelto nuestro divertimento en el encierro. Horas y horas intentando toparnos con algo que nos vuele las ideas o nos lleve a un lugar más alejando del mundo que tenemos hoy. Explorar el cosmos entre los medios, es otra forma de explorar en nuestro interior. Así navegamos entre anuncios de inmobiliarias; artículos conmemorativos por los 25 años del *Ensayo sobre la ceguera*, la muerte de alguna celebridad; retos de juegos mentales y canciones; o los 3000 libros de arte que puedes descargar gratis en formato PDF.

La red y los medios digitales se han vuelto un refugio espacial para sobrellevar el camino que han tomado nuestros días. El algoritmo lo ha aprendido todo de nosotros, sobre todo cuando navegamos sin rumbo y solo por andar. De ahí que siempre se muestre lo mismo. Nos hemos vuelto parte de un modelo predictivo, de una vida en modo circular; somos sujetos en *loop*. Por ello, los anuncios de comida, las notas de las etapas del Coronavirus, las denuncias al mal gobierno, los post de ecoarquitectura y los memes que se repiten sobre un mismo tema.

Llevamos años nadando en la red moviéndonos entre sus olas. Los algoritmos ya aprendieron el ritmo de nuestras brazadas. Nos hicimos predecibles y visibles a los tiburones. Somos como tortugas que opacan la luz que llega al fondo de la bahía. Las interfaces mediáticas son como esos ríos subterráneos que se conectan entre cenotes. Unos bucean para ver el espectáculo de luz, otros penetran a donde solo se percibe la oscuridad y el silencio. Unos solo se mueven en la superficie, otros se pierden en la profundidad.

Entre todo lo que percibimos en estos hiperespacios quizá no hemos captado las corrientes que nos impulsan. La inmersión crítica en el hiperespacio mediático implicaría ver nuestras vidas sumergidas en hondas cuevas ocultas en aguas subterráneas. Todo lo que consumimos se encuentra vinculado por nuestros ríos interiores, así hemos trazado una compleja red en la que están ocultas nuestras sensaciones y emociones. Somos como esos cenotes transparentes en la superficie y porosos y calcáreos en nuestro interior. Somos piedra caliza, puertas al inframundo y a lo sagrado.

La inmersión profunda en aquello que consumimos es un buceo profundo en aquello que somos. La hondura de nuestra cavidad subterránea también se

percibe en las interconexiones que hacemos con otros cenotes. Somos en el fondo como aquellas estructuras geológicas; somos como esas fosas difíciles de explorar.

Desde hace casi dos años, la vida que estamos experimentando nos está llevando a bucear en modos más temerosos en nuestro interior. Algunos han expresado ser un pozo profundo; otros tienen capas gruesas de sulfuro de hidrógeno a 30 metros de profundidad. Unos solo son una cueva colapsada; otros son la puerta de entrada a un gran mar interior.

Las interfaces mediáticas son hoy esa puerta de entrada a los hiperespacios que yacen en nuestro interior. Algunos son estanques gigantes, otros sumideros a punto de un colapso. Nuestro interior se está haciendo visible para los algoritmos y aunque algunas algas se mezclan cerca de la superficie corren el riesgo de que esos extraños buzos exploren sus paisajes increíbles. Si alguien ha de hacerlo, ojalá y fuera una persona y no un robot. Si alguien ha de explorar esas cavernas profundas, ojalá y fuera alguien que quiera maravillarse por lo que hay en tu interior.

Los medios conectan sin duda nuestros hiperespacios. Si somos vasos comunicantes estamos a tiempo de iniciar otro tipo de exploración y conexión. El mundo se percibe en otro tono y otra frecuencia. Entre lo que somos y lo que consumimos hay conexiones. Entre los que vemos y escuchamos se mueve nuestro *yo* (Turtle, 1984). Entre todos esos contenidos se ubican nuestros sentires y percepciones del mundo.

Bucear entre esas corrientes está la clave del encuentro con los otros. Entender lo que consumen es una forma de adentrarnos a sus cenotes interiores. En algunos hay bancos de peces pequeños; en otros encontraremos árboles sumergidos, algunos restos humanos o los vestigios de una fogata que encendió en algún momento para dar calor.

Nuestra vida entre medios se ha intensificado

Engranamos pantallas, recirculamos contenidos, reciclamos noticias, intensificamos conversaciones (Deuze, 2012). Si ya las redes eran cajas resonadoras de nuestras creencias, ahora se han intensificado en ellas nuestras posiciones ideológicas y temores. La web se ha polarizado más de lo que ya estaba. Son pocos los tonos de grises que se perciben.

Los algoritmos se han encargado de enfatizar nuestras posiciones y recalcar nuestro lugar en ese espacio hiperfragmentado. Lo están aprendiendo todo, tan bien de nosotros, que ya saben qué mentiras nos funcionan y cuáles no caben en nuestro imaginario. La industria de la mentira está haciendo su agosto en pleno abril. La infodemia está en su máximo esplendor (Esteinou Madrid, 2021). Si ya sufríamos el *information overload* y la infoxicación, la incertidumbre y el miedo ahora son las que nos llevan al *binge consumption* informativo (Rahman y

Arif, 2021). El abuso informativo tiene también su efecto neurológico generando desórdenes psiquiátricos a corto, mediano y largo plazo.

El abuso informativo —y más cuando hoy estamos plagados de noticias falsas— puede generarnos otro problema de salud pública. Vivir entre bulos y mentiras es un ataque al eje emocional de las personas (Salaverría et al., 2020). Es finalmente un intento de minar nuestras percepciones. El ambiente social lo solapa y nos está acostumbrando a ello. En poco tiempo hemos generado una cultura de consumo de mentiras. Nuestro patrón de abuso varía según niveles de alfabetización crítica, influencia de amigos y familiares, entornos culturales y presiones mediáticas. Algunos viven del vértigo momentáneo que produce; en otros, el nivel de infoxicación y congestión desinformativa les ha generado altos niveles de agresión y desvinculación social. Tristemente hoy no tenemos controles de *infolemia*¹ para poder intervenir estos episodios de *infofolismo*.

¿Qué otro tipo de afectaciones psicológicas puede tener a corto y mediano plazo? ¿Puede convertirse en una enfermedad neurodegenerativa? ¿En qué medida la desinformación genera efectos neurotóxicos? Habrá que preguntar a los expertos en neurociencias. Hoy, no lo tenemos claro del todo; sin embargo, sí sabemos que, en el fondo, las notas falsas son una fase de premediación; una forma perversa de sembrarnos artificialmente una idea, una creencia, una percepción (Grusin, 2010).

Hoy, tan peligroso como el contagio de Covid-19, lo son las noticias falsas y las industrias paralelas que se mueven a su alrededor: productos milagro, curanderos del alma, narrativas del miedo, crisis y mezquindad política, contra información, entre otras. Esta guerra de mentiras está alimentada por granjas de *bots*, *trolls*, *influencers*, pseudo periodistas, *ghost writers*, *trackeadores*, mercenarios digitales, sicarios del algoritmo, grupos de pánico, expertos en SEO, sectas de tuiteros, creadores de tendencias, sembradores de información, estrategias, publicistas, politólogos, agencias de relaciones públicas, de contención, de ciberataques, de control de crisis y mercadeo político. En la actualidad, la industria de la desinformación, la publicidad disfrazada, la manipulación, la información tendenciosa y la parodia se ha vuelto un sector millonario y pareciera un energético vital para internet junto con la ciberseguridad (Dabezies y Prieto, 2020).

Ahora no existe un marco regulatorio ni fiscalizador que los controle. Tampoco parece que la dimensión ética sea su fuerte. El ciclo de la mentira está desbordando las aguas que nos permiten navegar en la red. No contamos con defensores del cibernauta; algunos proyectos de verificación informativa y rompe cadenas han surgido en estos años, pero no son suficientes. Nos hace falta una alfabetización hipermedial integral que nos ayude en la recepción crítica y propositiva.

1 Juego de palabras haciendo alusión a los alcoholímetros.

Los días que vienen serán los del mar de fondo. Los que nos obligarán a refugiarnos del impacto de las olas o los que nos llevarán a prepararnos para hacerles frente y no morir ahogados en el intento. Estamos ante la metáfora de lo que viene. Si el mundo será más digital de lo que ya lo es, habrá que prepararnos con mayor profundidad para movernos en esas aguas. La ciudadanía digital implica una ciudadanía crítica, no un delegar nuestras responsabilidades a otros (Montgomery y Gottlieb-Robles, 2006); que como ya hemos visto, solo esperan lucrar con nuestro consumo abusivo e impulsivo. No seamos fantasmas del amor indiferente; de esos que ven en el parque a estafadores de juegos de canicas y solo reímos, mientras otro pierde su dinero sin saber “dónde quedó la bolita”.

Fantasmas del amor indiferente

En medio de la tragedia sanitaria nos ha tocado migrar de la esfera análoga a la digital; nos llevó de la vida pública a convertir nuestros espacios privados en semi públicos para realizar desde ahí todas nuestras acciones en el mundo. En estos casi dos años hemos experimentado de todo: desde la molestia por aquellos que no atienden las medidas sanitarias, hasta la ansiedad y depresión de estar en vacaciones en el encierro; pasando por el teletrabajo, la tele educación, agotar las recetas familiares, experimentar juegos y ejercicios en el encierro y la desesperación por sentir que esto se prolongará más de lo que imaginamos. Hoy muchos intentaron regresar a su pseudo normalidad: volvieron a despertar temprano, reiniciar las rutinas, conectarse para trabajar, atender a sus alumnos y en el inter ayudar a equilibrar las dinámicas de casa y apoyar en lo que pueden para que el espacio doméstico revitalice lo que afuera se ha puesto en modo conexión. Estamos convirtiendo nuestro hogar en *no lugar*, donde todo cabe, pero en el fondo no termina de ocurrir (Han, 2021).

Recuerdo aún la sensación del último día en mi oficina. Fue recibir el aviso de la importancia de atender las medidas sanitarias y seguir la indicación que afirmaba: “Prepárense porque mañana todos seguirán con su trabajo desde casa”. Corrí a mi librero, tomé los libros que debía llevarme y recogí todo lo que sentí que de mi oficina debía acompañarme. La luz que entraba por la ventana era la de las seis de la tarde y todos los objetos empezaban a perder su sombra habitual. Tomé libretas, apuntes, libros. Pensaba que llevaba todo en mi computadora, pero al voltear, supe que en el fondo no me estaba llevando casi nada. Mis libros se quedarían en los libreros, los trabajos de mis alumnos sobre el escritorio, mi taza junto al teléfono y mi silla vacía como quien coloca flores en el cementerio: esperando que su aroma permita reconocer el nuevo camino. Muchos cerramos la puerta, apagamos la luz y nos fuimos a empezar otro estilo de vida. Nos habían acostumbrado a que el trabajo tenía sus rutinas, sus espacios, sus neblinas. Nos habían educado para que los lugares fueran algo más que territorios espaciales; eran comarcas simbólicas donde nuestra

vida transcurre y podemos volver siempre que deseamos recuperar sentidos y significados. Dejar esa vida fue dejar movimientos constantes, sonidos cotidianos, almas que se reúnen en torno a una fotocopiadora, una máquina expendedora o un salón de clase. La sensación de aquella tarde no fue la del que sale de vacaciones, cierra la puerta y se echa a correr. Por el contrario, fue la del que se camina en un campo santo, guardando respeto para no pronunciar una palabra que suene a extranjero en medio de un momento sagrado. Fue voltear y ver el mundo construido congelado; como las ruinas de un palacio al final de la batalla. El mundo se dibujó esa tarde, como se iluminan los lugares encantados: en medios tonos, como si la luz corriera a otra velocidad. La sensación fue la del vacío de quien aplica el examen de fin de carrera y sabe que mucho de lo vivido no volverá a ocurrir. Ver mi oficina vacía y llegar a casa a continuar lo que se había quedado a medias fue como intentar caminar en un mercado en medio de una explosión. Desde aquel día, cada utensilio doméstico trató de llenar los espacios mentales de los lugares habituales donde hacía la vida: la pantalla suplió al salón de clase, la *Tablet* la oficina, el teléfono el lugar de los recreos con los amigos y la familia.

Desde hace dos años nos movemos por la casa como esos fantasmas que vuelven a sus espacios, queriendo tocar las gafas y ver con ellas el mundo de antes. Buscamos como el gato nuevos rincones para sentir que el sitio es otro. Hoy nuestra tranquilidad depende de la piedra noticiosa que arrojan contra el cristal del monitor. No sabemos en qué momento habrá de astillarse o se terminará de romper. Esperamos el sonido del disparo que libera al corredor de fondo. Tomamos nota de los días como quien se adentra a las últimas líneas de un libro. El mundo se mueve a un ritmo distinto. Hoy nos sentimos en medio de un vals, que torpemente queremos bailar.

El hogar como territorio de lo inmaterial, lo simbólico y lo sagrado

La casa se ha tornado, como siempre, en el punto más seguro para hacer y rehacer la vida (Brunner, 2010). El punto de partida y de resguardo. El meta espacio donde se construyen nuestras fidelidades más profundas hacia personas, mascotas y objetos. En casa y en la familia se terminan por conformar todos nuestros ritos y rutinas. Nuestro hogar evoca e invoca todas nuestras referencias a la vida comunitaria. Desde ahí anclamos nuestros vínculos con la tierra, con los hombres, con lo inmaterial, lo simbólico y lo sagrado. Desde el hogar tendemos nuestras redes más profundas con la existencia. Ahí nos sentimos protegidos; desde ahí inventamos, construimos historia, forjamos civilizaciones. Dependiendo de la armonía y felicidad que en él se vive se fortalecen nuestros lazos con el entorno. Colonizar nuestro hogar es tejer una membrana para resguardarnos e involucrarnos con el otro. El hogar es la interfaz cultural donde se termina por moldear nuestra personalidad y, por ende, nuestra forma de enfrentar la vida (de la Cruz Flores, 2020).

Hoy en México contamos con casi 32 millones de hogares y un promedio de 3.8 personas por hogar. Todos ellos distribuidos en al menos 11 tipos de familia (aunque hoy ya se tienen identificadas 16 estructuras familiares): papá, mamá y niños (25,8%); mamá sola con hijos (16,8%); papá, mamá y jóvenes (14,6%); familia unipersonal (11,1%); padres, hijos y otros parientes (9,6%); nido vacío (6,2%); pareja joven sin hijos (4,7%); coresidentes (4,1%); familia reconstituida (3,8%); papá solo con hijos (2,8%); pareja del mismo sexo (0,06%). Como bien señala Heriberto López Romo y la clasificación que desarrolló desde el Instituto de Investigaciones Sociales, hemos pasado de las estructuras de familias tradicionales a las de transición y las emergentes (2014).

Esto quiere decir que en nuestro país tenemos entre 11 y 16 formas muy diversas de vivir el confinamiento. Formas complejas de aproximarnos a esta crisis sanitaria, económica y social. El imaginario de pensarnos como una masa uniforme que vive y padece de la misma manera sus dolores y alegrías hoy no tiene cabida. Por ello es importante hacer hincapié en que en algunas la dinámica de regreso a la vida pública *on line* se ha complejizado aún más. Sobre todo, en esos más de nueve millones de hogares donde la jefatura familiar la lleva una mujer que tiene que cumplir con la triple jornada (madre, educadora y trabajadora) (INEGI, 2011). Si en el hogar tradicional y en aquellos donde varios miembros se distribuyen las acciones de limpieza, alimentación, cuidado del otro se ha complejizado el *home office* y el *home schooling*, ni pensar cómo lo estarán viviendo en aquellos hogares monoparentales (18% de la población).

Desde casi dos años nuestro banco emocional ha experimentado todas sus formas de abono y resistencia. En los distintos hogares se han manejado las emociones desde las formas más solidarias hasta las más violentas. Vivimos bajo una presión extraña, un modo complejo que nuestras generaciones no conocían. Una presión fundamentada en el ejercicio y restricción doméstica de nuestras libertades. Desde el encierro aprenderemos nuevamente a fortalecer vínculos y afianzar lealtades. Algunos tendrán que hacerlo en soledad, otros tantos con la fortuna de la compañía.

La vida que solíamos hacer en comunidad, hoy está replanteando sus formas simbólicas de expresarse y expandirse. Tendremos que aprender formas diversas de solidarizarnos con el *otro*, de aproximarnos a sus realidades, de entender sus contextos y amplificar nuestras respuestas a sus necesidades sicoemocionales.

Dieciséis identidades familiares, dieciséis búsquedas, dieciséis rutas de viaje, multiplicadas por las diferencias entre las modalidades urbanas y rurales; redimensionadas desde lo económico y la escolaridad. Pensar en el *otro* desde sus espacios y contextos físicos y simbólicos es un requerimiento para buscar las empatías que llevan a los vínculos comunitarios sanos. Pensar desde el otro será la única forma de salir bien librados de esta contingencia (Turkle, 2021).

Si no pensamos desde el *otro*, no entenderemos sus miedos y presiones; difícilmente podremos dimensionar el umbral de sus presiones y el tope de

sus resistencias. Hoy el tema conciliación familia-trabajo-ocio debe entrar nuevamente a la discusión para revisar cómo encontrar el balance concreto para cada contexto específico. Habrá que entender que necesitamos formas diversas de reordenar el hogar durante y posterior a la pandemia. Habrá que pensar cómo lograr la sanidad mental equilibrando todos los momentos de la vida en un mismo espacio sicodemográfico. Tener presente estas nuevas realidades, es tener más clara la tonalidad de la melodía. Hay que prepararnos para el mundo que viene. Como las placas tectónicas, la vida se está acomodando. En algunos lugares hará erupción, en otros, solo se desprenderá fumarolas.

La última lengua del mundo

El mundo es otro y ha puesto en entredicho nuestra escala de valores, nuestra condición de ser y estar, nuestra forma de medir y pesar la realidad. En las últimas semanas nos hemos dado cuenta de que nuestra verdadera crisis no es sanitaria, ni económica sino humana. La manera como tomamos decisiones y el fin último de cada uno de nuestros actos evidencia dónde están hoy —y dónde han estado siempre— nuestras prioridades.

Periodistas agredidos al evidenciar falta de insumos en hospitales, hospitales que rechazan a personas sin hogar positivas en coronavirus, rechazo al extranjero por considerarlo foco de infección, *youtubers* contagiados de Covid-19 que publican videos recorriendo establecimientos durante confinamiento obligatorio, turistas irresponsables buscando playas y balnearios en medio de la contingencia sanitaria, guías bioéticas de asignación de recursos de medicina crítica en las que se recomienda priorizar la atención a jóvenes por encima de adultos mayores, acosos a sanitarios y cajeros rociando de cloro las puertas de sus viviendas o agredidos en los transportes públicos, expresiones de odio contra médicos que salen todos los días a trabajar, cruceros que vagan por el mar porque ningún país los quiere acoger, notas que contrastan con el suicidio de un académico preocupado por el errático destino del país y el de un padre de familia indígena que se quitó la vida para no contagiar a su familia y su comunidad.

Múltiples miradas de un mismo fenómeno; hombres preocupados por sí mismos y otros preocupados por su comunidad. En tanto que unos se abren al mundo en medio de las crisis, otros se repliegan en su interior. Unos salen a la defensa de la vida, otros confrontan la existencia buscando solo saciar sus intereses. En esta crisis de valores y jerarquías axiológicas el odio recorre las calles semi vacías y los callejones de nuestras pantallas.

Hay un sentimiento de profunda apatía, enemistad, disgusto y aversión en el ambiente. Uno pensaría que ante tantos casos de agresión al hombre y los derechos humanos estaríamos en estos momentos más propensos a velar por la dignidad de las personas. Pero no, pareciera que en la era de la defensa de los derechos humanos, es cuando más los pisoteamos.

El odio y el desapego por los otros parecieran acumularse por el mundo; están en la calle, en nuestros cuartos, en las oficinas, en las noticias, en nuestras pantallas. Se acumulan en nuestras vidas como mercancías en un almacén.

El odio no es propio de la marginalidad, ni de los espacios límite. El odio hoy se mezcla con los prejuicios sociales, el racismo y la multiplicidad de creencias e ideologías.

Desde hace cinco semanas la zona de conflicto se ha expandido por el mundo bajo una misma etiqueta histórica: Covid-19.

El mundo actual parece emular la ya clásica película *La Haine (El odio)* de Mathieu Kassovitz en la que se describen 24 horas de la vida de tres jóvenes habitantes de un suburbio de París, mientras al inicio y cierre de la cinta nos dicen: “Es la historia de un hombre que cae de un edificio de cincuenta pisos. Para tranquilizarse mientras cae al vacío, no para de decirse: hasta ahora todo va bien, hasta ahora todo va bien... hasta ahora todo va bien. Pero lo importante no es la caída, es el aterrizaje” (1995).

Así como en la cita se expone la decadencia de la sociedad, hoy la pandemia nos coloca metafóricamente en un espacio simbólico similar. El miedo justificado o no, el odio justificado o no, expresa nuestra aversión, rechazo y deseo de agresión.

El odio está corrompiendo a las personas. Su expresión va desde las formas más sutiles y simbólicas como un mensaje pegado en la puerta del edificio, una pinta en el toldo del auto o un baño de lejía a un agente sanitario.

La sinrazón lleva al rechazo, a la discriminación, al escepticismo, al paro, la intimidación, el acoso, el abuso verbal y la ira. Este sentimiento de destrucción del equilibrio se mueve en modo rastrero, como serpiente; por ello, como en la cinta del odio, terminamos afirmando “hasta ahora todo va bien”. Para evadirlo todo, para sentir que nada pasa y que eso no es cierto. Así nos mostramos indiferentes, aunque en el fondo nos sabemos indigentes de nuestra propia humanidad.

Este modo del ser es parte del correlato de nuestro paso por la historia. Ha sido una expresión constante de nuestra condición humana y al parecer la herida no la hemos curado con el tiempo.

Desde hace dos años nos sabemos cayendo y lo duro será el aterrizaje: el momento en que veamos que seguimos perdiendo gente, voces, historias, lenguas y, por ende, formas de nombrar el mundo. Mientras el odio fluye nos perdemos como tribu, como comunidad de significación que intentó dar sentido al mundo. Vamos gestando miopía, y tarde o temprano terminaremos por movernos en la oscuridad. A meses del nuevo mundo, podemos todavía empezar a contar otra historia. Podríamos resignificar nuestro flujo en la vida de otros y contemplarnos en un nuevo espejo. Podríamos replantearnos el lugar que queremos tener cuando todo esto termine. Cuando las cosas primarias del mundo vuelvan a ocupar su lugar y nosotros, logremos hacer de la fraternidad la última lengua del mundo.

Referencias bibliográficas

- Brunner, J. (2010). Lenguaje del hogar, capital cultural y escuela. *Revista de Investigación Latinoamericana (PEL)*, 46(1), 17-44.
- Dabezies, J., y Prieto, L. (2020). Entre jabalíes, murciélagos y virus. Emergencia de nuevos objetos biopolíticos en la bioinseguridad del COVID-19. *Tessituras: Revista de Antropología e Arqueología*, 8(1), 333-353.
- Cruz Flores, G. de la (2020). El hogar y la escuela: lógicas en tensión ante la COVID-19. En G. de la Cruz Flores, *Educación y pandemia. Una visión académica* (págs. 39-46.). Ciudad de México: UNAM.
- Deuze, M. (2012). *MediaLife*. Gran Bretaña: Polity Press.
- Esteinou Madrid, F. (2021). *La politización comunicativa de la vacunación contra el Covid-19 en México*. Ciudad de México: Topodrilo/AMAZON.
- Grusin, R. (2010). *Premediation: Affect and Mediality After 9/11*. Palgrave Macmillan.
- Han, B.-C. (2021). *No-Cosas. Quiebras del undo de hoy*. Ciudad de México: Taurus.
- Hidalgo Toledo, J. A. (2018). *Medios y mediación en la cultura digital. Cambios estructurales y construcciones teóricas para la comprensión de la cultura digital*. Ciudad de México: Tirant lo Blanch.
- INEGI. (2011). *Estadísticas de población, hogares y vivienda. Distribución por edad y sexo*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI).
- Kassovitz, M. (Dirección). (1995). *La Haine* [Película].
- López Romo, H. (octubre de 2014). *Los niveles socioeconómicos y las familias en México*. (I. d. Sociales, Productor) Recuperado el 25 de enero de 2017, de Los niveles socioeconómicos y las familias en México-Comité de Investigación IAB México: <http://www.slideshare.net/iabmexico/nivel-socioeconomico-y-familias-en-mexico>
- Ministerio de Salud. (11 de junio de 2020). *Covid-19: A través tablets hospitales conectarán a pacientes con sus familias*. Obtenido de Ministeriodesalud.cl: <https://www.minsal.cl/covid-19-a-traves-tablets-hospitales-conectaran-a-pacientes-con-sus-familias/>
- Montgomery, K. y Gottlieb-Robles, B. (2006). Youth as e-Citizens: the Internet's contribution to civi engagement. En D. Buckingham y R. Willett, *Digital generations: children, young people, and new media* (págs. 131-148). Mahwah, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- ONU México. (7 de julio de 2021). *Más de 4 millones de muertes en el mundo por la enfermedad de Covid-19, lamenta OMS*. (O. México, Ed.) Recuperado el 20 de noviembre de 2021, de Coronavirus.onu.org.mx: <https://coronavirus.onu.org.mx/mas-de-4-millones-de-muertes-en-el-mundo-por-la-enfermedad-de-covid-19-lamenta-oms>
- Rahman, K. y Arif, M. (2021). Impacts of Binge-Watching on Netflix during the COVID-19 pandemic. *South Asian Journal of Marketing*, 2(1), 97-112. Obtenido de <https://www.emerald.com/insight/content/doi/10.1108/SAJM-05-2021-0070/full/html>
- Salaverría, R., Buslón, N., López-Pan, F., León, B., López-Goñi, I. y Erviti, M.-C. (mayo-junio de 2020). Desinformación en tiempos de pandemia: tipología de los bulos sobre la Covid-19. *Revista internacional de Información y Comunicación*, 29(3). Obtenido de <http://profesionaldelainformacion.com/contenidos/2020/may/salaverria-buslon-lopez-leon-lopez-erviti.html>
- Turkle, S. (1984). *The second self: computers and the human spirit*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Turkle, S. (2021). *The Empathy Diaries: A Memoir*. Nueva York: Penguin Press.

Vargas Portillo, P. (2021). Pérez Tornero, José Manuel. La gran mediatización I: El tsunami que expropia nuestras vidas del confinamiento digital a la sociedad de la distancia. *Intersticios sociales*, 21, 431-434.